

A las tres se levantó de mala gana, sintiendo tener que marchar.

—¡Bueno! Tenga usted muy buenas tardes, señorita Donet, y celebro mucho haberla conocido.

Ella permanecía ante él ruborizada y conmovida, pensando en el otro.

—¿No nos veremos ya más?—preguntó.

César dijo:

—Sí, señorita, si no la molesto.

—De ninguna manera, don César. ¿Le parece bien el jueves próximo?

—Sí, señorita Donet.

—Almorzará usted, ¿verdad?

—Sí, si no la molesto, con mucho gusto.

—Así, pues, el jueves al mediodía, como hoy.

—¡Sí, el jueves al mediodía, señorita Donet!

EL CONEJO

CASILLA ALFONSO

## EL CONEJO

---

Maese Lecacheur salió á la puerta de su casa á la hora de costumbre, entre cinco y cinco y cuarto de la mañana, para vigilar á los mozos de labranza que iban al trabajo.

Colorado, medio dormido, el ojo derecho abierto y el izquierdo casi cerrado, abrochaba sus tirantes mirando de paso todos los rincones de la granja. El sol lanzaba sus rayos oblicuos á través de las hojas de las hayas y manzanos, hacía cantar á los gallos y arrullar á las palomas. El olor de la pocilga se mezclaba, en el aire fresco de la mañana, al acre olor del establo donde relinchaban los caballos, con la cabeza vuelta hacia la luz.

Apenas tuvo el pantalón bien sostenido, maese

Lecacheur se dirigió hacia el gallinero, para contar los huevos ya puestos, porque desde algún tiempo hacía se le antojaba que alguien merodeaba por la granja.

La criada corrió hacia él gritando y levantando los brazos: «Maese Cacheux, maese Cacheux, nos han robado un conejo esta noche.»

—¿Un conejo?

—Sí, mi amo, el gris, aquel gordo, de la jaula de la derecha.

El labriego abrió del todo el ojo izquierdo y dijo:

—Hay que ver eso.

Fué á verlo.

La jaula estaba rota y el conejo ausente.

Entonces nuestro hombre quedó pensativo, cerró el ojo derecho y se rascó la nariz. Luego, después de reflexionar, ordenó á la criada que avisase á los gendarmes.

—Anda; avísales. Diles que les espero en seguida.

Maese Lecacheur era alcalde de su aldea, Pavigny-le-Gras, y mandaba como dueño, por su fortuna y su posición.

Apenas la criada hubo desaparecido, corriendo hacia el pueblo, el labrador entró en su casa para hacer el café y hablar de la cosa á su mujer.

La encontró soplando el fuego con la boca, de rodillas ante el hogar.

Desde la puerta exclamó:

—Nos han robado un conejo; el gris, aquel tan gordo.

Se volvió tan aprisa que quedó sentada en el suelo, mirando con desolación á su marido.

—¿Qué dices, Cacheux? ¿Que han robado un conejo?

—El gris.

—¿El gris?

Suspiró.

—¡Qué lástima! ¿Y quién lo ha robado?

Era una mujercita flaca y vivaracha, limpia, muy cuidadosa y lista.

Lecacheur tenía una idea.

—Debe haber sido ese buena pieza de Hipólito.

La granjera se levantó furiosa como ante una revelación y exclamó:

—¡Es él! ¡Es él! ¡No hay que pensar en otro! ¡Es él! ¡Lo has adivinado, Cacheux!

En su cara flaca é irritada aparecían en la contracción de la boca, en las arrugas de las mejillas y de la frente todo su furor de campesina, toda su avaricia, toda su rabia de mujer económica contra el gañán de quien siempre sospechara.

—¿Y qué has hecho?—preguntó.

—He enviado á buscar á los gendarmes.

Hipólito era un gañán que habla pasado unos días en la granja y á quien Lecacheur despidiera por una contestación insolente. Antiguo soldado, tenía fama de haber guardado de sus campañas de Africa un gusto pronunciado por la rapiña y el libertinaje. Sabía todos los oficios y ninguno. Albañil, labrador, carretero, segador, podador; era holgazán ante todo, y esto hacía que no pudiese trabajar quince días en un mismo punto y que á veces tuviese que cambiar de aldea para encontrar trabajo.

Desde el primer día que entrara en la granja le odió el ama, y ahora estaba segura de que era él quien cometió el robo.

Al cabo de una media hora llegaron los gendarmes. El cabo Senateur, alto y flaco, el guardia Lenient, bajo y rechoncho.

Lecacheur les hizo sentar y les explicó el caso. Luego fueron al sitio del robo para comprobar la fractura de la jaula y recoger pruebas. Cuando volvieron á la cocina, la granjera trajo vino, llenó los vasos y preguntó:

—¿Le cogerán ustedes?

El cabo, con el sable entre piernas, parecía preocupado. Estaba seguro de cogerlo si le decían quién era; pero no respondía del éxito si le tocaba averiguar cual fuese el culpable. Después de reflexionar largo rato, preguntó:

—¿Conocen ustedes al ladrón?

La boca de maese Lecacheur tomó una expresión socarrona.

—Conocerle, no le conozco; no, no le he visto robar. Si lo hubiera visto, se lo hago tragar con piel y todo y sin darle un sorbo de sidra. No diré, pues, quien es, no; pero se me antoja que se trata de ese gandul de Hipólito.

Entonces contó con todos sus pelos y señales lo que le ocurriera con Hipólito, la salida del gañán, su mala mirada, sus amenazas, y acumuló pruebas insignificantes y minuciosas.

El cabo, que había escuchado con gran atención vaciando el vaso y llenándolo de nuevo, como abstraído, se volvió hacia su compañero.

—Habrà que ver la casa de la mujer de Severino, el pastor.

El guardia sonrió y aprobó con un movimiento de cabeza.

Entonces la señora Lecacheur se acercó y como

quien no hace la cosa interrogó á los gendarmes acerca de la mujer del pastor.

Severino era un simple, una especie de bruto, criado en un hato de carneros, que creció en las montañas entre sus ovejas, conociendo sólo á ellas; pero que, á pesar de ello, llevaba en el alma el instinto de ahorro de los labriegos. De cierto que, durante años y años ocultó en el tronco de los árboles ó en los agujeros de los peñascos todo el dinero que ganaba guardando ganado, porque un día, con gran admiración de cuantos le conocían, compró en una subasta un lote de tierra y una casucha por tres mil francos.

Algunos meses después se supo que se casaba. Lo hacía con una maritornes conocida por sus malas costumbres, la criada del posadero. Los mozos contaban que aquella chica, sabedora de que tenía algún dinero, le había ido á encontrar en su barraca noche tras noche hasta que le arrancó promesa de matrimonio.

Luego, después de pasar por la alcaldía y la iglesia, fué á habitar la casa comprada por su marido, en tanto que éste continuaba guardando carneros noche y día á través de montes y colinas.

El cabo añadió:

—Hace ya tres semanas que Hipólito duerme con ella, pues carece de techo.

El guardia soltó una cuchufleta.

La señora Lecacheur, movida de un nuevo acceso de ira, motivada por la cólera de una mujer casada contra una perdida, exclamó:

—¡Sí, sí! ¡Ellos son! ¡Ah, ladrones!

El cabo dijo:

—Hemos de aguardar á mediodía, puesto que comen juntos. Les pillaremos comiendo.

El guardia sonreía, encantado del plan de su jefe, y Lecacheur sonreía también porque la aventura del pastor le parecía cómica, como todas las que se refieren á maridos engañados.

Acababa de dar mediodía cuando el cabo Senateur llamó á la puerta de una casita aislada, puesta á la linde de un bosque, á medio kilómetro del pueblo.

Los gendarmes se habían pegado á la pared para no ser vistos de dentro y esperaban. Al cabo de un par de minutos, viendo que nadie contestaba, el gendarme llamó otra vez. La casa parecía desierta; pero el guardia Lenient, que tenía muy buen oído, dijo que había gente en el interior.

Entonces Senateur se enfadó. No admitía que se resistiese á la autoridad y pegando en la pared con el puño del sable, gritó:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

Como la tal orden resultaba inútil, vociferó:

—Si no obedecen ustedes hago saltar la cerradura. Soy el cabo de gendarmes, ¡voto va! ¡Atención, Lenient!

Aun no acababa de hablar cuando la puerta se abrió y el cabo Senateur veía una mujerona muy encarnada, rechoncha, mal encarada, barriguda, de anchas caderas, una especie de hembra sanguínea y bestial, la mujer del pastor Severino.

El cabo entró en la casa.

—Vengo para hacerle unas preguntas—dijo.

Miraba en torno. En la mesa había un plato, un jarro de sidra y un vaso á medio vaciar, que indicaban una comida empezada. Dos cuchillos estaban uno junto á otro. El gendarme, malicioso, guiñó el ojo á su superior.

—Bien huele—dijo éste.

—Diríase que es conejo salteado—añadió Lenient muy alegre.

—¿Quieren ustedes un vaso de sidra?—preguntó la moza.

—No, gracias. Quisiera sólo la piel del conejo que comían.

Se hizo la idiota; pero temblaba.

—¿Qué conejo?

El cabo se había sentado y se enjugaba el sudor de la frente.

—Ea, ea, patrona, no nos hará usted creer que come cañamones. ¿Qué comía usted cuando hemos llegado?

—Nada; un poco de pan con manteca.

—Vaya, vaya; me parece que usted se equivoca. Será manteca con conejo. Y debe ser buena la manteca, porque huele bien, manteca fina, superior; no es manteca de pobre.

El guardia reventaba de risa y repetía:

—No es manteca de pobre.

Como el cabo era bromista, todos los guardias le seguían el humor.

Añadió:

—¿Dónde tiene usted la manteca?

—¿La manteca?

—Sí.

—En un cacharro.

—Y ¿dónde está el cacharro?

—¿Cuál?

—El de la manteca ¡pardiez!

—Aquí está.

Trajo una taza desportillada en el fondo de la cual había una chispa de manteca rancia y salada.

El cabo la olió y dijo moviendo la cabeza:

—No es la misma. Quiero la que huele á conejo salteado. Ea, Lenient, ojo; tú mira en el aparador; yo voy á ver debajo de la cama.

Después de cerrar la puerta se acercó á la cama y quiso apartarla; pero no lo logró, porque parecía pegada al suelo. Entonces el cabo se bajó, lo cual hizo crujir el uniforme, del que saltó un botón.

—Lenient.

—Mi cabo.

—Ven, muchacho: ven aquí; soy demasiado alto para mirar debajo de la cama; me encargo del buffet.

Se enderezó y esperó que el guardia hubiese cumplido su orden.

Lenient, bajo y rechoncho, se quitó el kepis, se echó de bruces y miró bajo la cama. Luego, de pronto, gritó:

—¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo!

El cabo Senateur preguntó:

—¿Qué tienes, el conejo?

—¡No, el ladrón!

—¿El ladrón? ¡Sácalo!

Los dos brazos del gendarme, metidos bajo la cama, habían cogido algo, y tiraba con toda su fuerza. Apareció por fin un pie metido en un zapato herrado.

El cabo lo cogió: «¡Duro! ¡Duro! ¡Tiral!»

Lenient, de rodillas, tiraba de la otra pierna. Pero la tarea era ruda porque el cautivo resistía con furor.

—¡Firmes! ¡Firmes!—exclamó Senateur.

Y tiraban con tanto empuje, que por fin apareció la cabeza del hombre.

Y aquella cabeza tenía una cara, la cara furiosa y consternada de Hipólito, cuyos brazos permanecían aún debajo de la cama.

—¡Tiral—gritó el cabo.

Entonces ocurrió una cosa curiosa. Los brazos siguieron el impulso del cuerpo y aparecieron las manos, y en pos de éstas un mango de hierro y al final del mango una cacerola con el conejo salteado.

—¡Voto á Dios! ¡Voto á Dios! ¡Voto á Dios!—gritaba el cabo, loco de alegría, mientras Lenient se apoderaba del gañán.

La piel del conejo, prueba abrumadora, se descubrió dentro del jergón.

Entonces los gendarmes entraron triunfantes en la aldea, con el preso y las pruebas.

Ocho días después, maese Lecacheur, al entrar en la alcaldía para conferenciar con el maestro de escuela, supo que Severino le aguardaba hacía rato.

Estaba sentado en una silla, con el palo entre piernas. Al ver al alcalde se levantó, se quitó la gorra y dijo:

— Buenos días, maese Cacheux.

Y permaneció en pie, como temeroso y cortado.

— ¿Qué desea usted? — preguntó el alcalde.

— Se lo diré. ¿Es verdad que robaron un conejo de su casa la semana pasada?

— Sí, es verdad.

— ¡Ah, ya! ¿De modo, que es verdad?

— Sí, hombre.

— Y ¿quién robó ese conejo?

— Hipólito Ancás, el bracero.

— Bien, bien. De modo ¿que es verdad que le hallaron bajo mi cama?

— ¿Qué? ¿El conejo?

— El conejo y Hipólito; los dos.

— Sí, Severino; es verdad.

— De modo ¿que es verdad?

— Sí. ¿Quién le ha contado esto?

— Muchos. Yo me entiendo. Pues... Usted debe saber mucho sobre los matrimonios, pues es usted quien casa.

— ¿Qué quiere decir?

— Sí, debe saber los derechos.

— ¿Qué derechos?

— Los del hombre y los de la mujer.

— Sí.

— Pues, dígame: ¿mi mujer tiene derecho á acostarse con Hipólito?

— ¿Cómo, de acostarse con él?

— Sí; quiero saber si la ley le permite que se acueste con Hipólito.

— No, hombre, no; no tiene tal derecho.

— Si les cojo ¿tengo derecho á pegarles, á ella y á él?

— Pues... pues... pues sí.

— Bien, me alegro. Le diré. Una noche de la otra semana fui á casa y les encontré acostados, y no dándose la espalda. Eché á Hipólito; pero no les pegué, porque no sabía mi derecho. Ahora me han



dicho los del pueblo lo del conejo. Bueno... yo no les vi. No hablemos más de ello. Pero si les atrapo... ¡voto val ¡si les atrapo! Ya haré que les pasen las ganas de divertirse, maese Cacheux, créalo; créalo por mi nombre...

LA CITA